

(NUM. 5.º)

EL

ESTANDARTE.

PERIODICO

DE CUESTIONES, MATERIAS E INTERESES MILITARES.

Imposibilidad de difundir una completa uniformidad en la instruccion y procedimientos tácticos del ejército, sin el establecimiento de las escuelas militares.

Esta imposibilidad, reconocida en todos los cuerpos militares de Europa, á no ser tal vez la Inglaterra, y pasada, como suele decirse, en autoridad de cosa juzgada, ha producido casi en todas partes el establecimiento de escuelas especiales para cada arma, (1) en las que se aprende á fondo, no solo la teoría de su táctica particular, sino además la inteligencia uniforme de ella, y sobre todo, la práctica igual é idéntica de la misma; parte importantísima y para la que son y serán siempre insuficientes los reglamentos mas perfectos y completos. En efecto por muy detalla-

(1) No comprendemos aquí en esta denominacion los colegios en donde se cursan los estudios científicos del arte militar.

dos y bien explicados que estén en ellos los movimientos, ya sean individuales ó colectivos, jamás los comprenderán de la misma manera los individuos que se dediquen á esta instruccion púramente teórica. El diferente grado de capacidad de cada uno, la diversidad de estudios preliminares, de instruccion general, de antecedentes, de nociones adquiridas, de educacion, hasta de índole, disposicion y carácter, son otros tantos elementos que no pueden menos de producir divergencias considerables en el modo particular de entender varias personas un mismo texto. Un diccionario, el único oráculo al que se suele acudir en los conflictos de language y en las perplejidades gramaticales, no basta en infinitos casos para determinar con precision el concepto de una cláusula; porque los lexicografos tienen bastante con las definiciones de las palabras, consideradas aisladamente, y con la explicacion de tal cual modismo, sin meterse en el inextricable é inmenso laberinto de la estructura y valor de las frases, segun sean sus innumerables é incalificables accidentes é incidencias. ¿A qué autoridad recurrir pues en las dudas promovidas sin término por las diversas acepciones, por los comentarios, amplificaciones, análisis, interpretaciones y pareceres discordes de personas que, diferentemente organizadas y enseñadas, por fuerza han de ver, sentir, entender y juzgar las cosas cada cual á su modo? ¿Cómo pues hacer coincidir unánimemente y sin discrepancia la comprension de todos, respecto á un precepto ó procedimiento? Solo de un modo, únicamente corroborando y comprobando la teoria con la práctica; pero no con una práctica local, caprichosa y aislada, que peque, del mismo modo que la teoria, por el

lado de las interpretaciones, sino con una práctica única, general, estricta y uniforme, consagrada por la autoridad del gobierno, y conservada en una institucion especial, como tradicion inalterable, como texto vivo, para ser transmitida de continuo á los cuerpos, con el fin de regenerar incesantemente y mantener en toda su pureza y unidad la instruccion táctica de los individuos y de las masas militares.

Muy engañados estarian los que creyesen que de otro modo puede generalizarse esta uniformidad, que cesa de existir en el momento que deje de ser absoluta. Las consultas en semejante materia, por atinada que fuese su resolucion, solo producirian contradicciones y nuevas perplexidades, causando á la larga tal complicacion, desórden y confusion, que acarrearian irremisiblemente la ruina del sistema táctico mejor concebido: la facultad concedida á los coroneles de arbitrar, en los casos dudosos, ceñiria la uniformidad á cada regimiento, fomentando sin término y de una manera gigantesca las divergencias de cuerpo á cuerpo, lo que, con pocas excepciones, es lo que sucede en el dia: en fin, como ya lo hemos indicado, la demasiada minuciosidad y prolijidad en los detalles de la instruccion, lejos de disminuir el mal, le aumentarían indudablemente, por la sencilla razon de que, por un órden natural é inevitable, cuanto mas extenso sea un texto, mas lugar ha de dar á interpretaciones. Pero aun suponiendo que, contra lo que en esta materia se observa constantemente, lo copioso de la explicacion condujese á la mayor claridad, no por esto produciria ventaja para la instruccion: lejos de ello, se dificultaria y entorpeceria otro tanto esta. En efecto, la es-

perencia prueba que las descripciones muy estensas, sobre ser difusas, obscuras y enredosas respecto á los movimientos, sobre todo á las posiciones y actitudes individuales de la tropa, pecan por complicadas y difíciles de comprender, y confunden y embrollan al soldado. De ahí proviene la corta, lacónica y aun escasa descripción de estos movimientos en todos los reglamentos tácticos de los cuerpos militares de Europa, en los que se indican con suma brevedad los detalles capitales de aquellos, sin descender á los pormenores y advertencias minuciosas relativas á los mismos; sin duda alguna, en virtud de la convicción de ser inconseguible, por este medio, el inculcar suficientemente lo que solo puede enseñar la práctica, y á fin de no cargar inútilmente la memoria de los instructores y de los reclutas, ni eternizar las lecciones y la enseñanza de la tropa. Pero este laconismo, que ofrece la ventaja de que los reglamentos sean poco estensos, y que de consiguiente puedan aprenderse con prontitud y conservarse en la memoria con facilidad, se halla anchamente compensado con la enseñanza práctica que se adquiere en las escuelas militares, y en la que se orillan todas las dudas que puede dejar el estudio literal de los textos, y se fija y demuestra con suma exactitud la ejecución de todos los movimientos. Así es que en los países en donde hay institutos de esta especie, se creeria que las tropas han sido enseñadas, en cada arma, por un solo instructor. Allí no hay discrepancia, por pequeña que sea: todo es estrictamente uniforme: el manejo de las armas, los movimientos individuales y colectivos, el modo de marchar, el de llevar las prendas, la posición, el aire militar, todo es igual,

todo es semejante é idéntico, como la imitacion de un modelo único, como los ejemplares de un mismo grabado, como las figuras fundidas en un mismo molde. Lo que parece mas sorprendente, en medio de esta uniformidad absoluta, es la de las voces de mando: la entonacion, las inflexiones, las pausas, la modulacion, el estilo sobre todo está de tal manera difundido, que no se nota diferencia de las voces dadas por un individuo á las proferidas por otro; y esto hasta tal punto que es bien seguro que, de dos hermanos ó dos personas que vivan juntas y sean inseparables, el uno no distinguirá la voz del otro, entre las de mando de los demas oficiales de un regimiento ó de una division. Los procedimientos tácticos necesitan todos, para su segura enseñanza, de una tradicion viva; pero ninguno tanto como la voz de mando, cuyas inflexiones, imposibles de fijar con notas musicales ó signos convencionales, y cuyo estilo, del todo inexplicable en teoria, no pueden adquirirse sino por medio de la imitacion, modo de instruccion seguro é infalible en esta parte, pero que se pega lentamente, y que necesita por lo tanto de un largo y constante ejercicio.

Aqui, al contrario, en cuanto pertenezca á la ejecucion de los medios tácticos, todo es divergente, todo es desacorde; no por falta de disposicion, no por escasez de saber, sino por el aislamiento de la enseñanza y por falta de un instituto especial para cada arma, en donde, por un mismo dechado, se amolden las prácticas y se formen los instructores. Algunos ejemplos bastarán para probar este aserto.

La posicion, sin embargo de ser correcta, clara y per-

fectamente explicada en nuestros reglamentos, es notablemente diferente en cada regimiento; sin duda por la razon de que está diversamente comprendida y practicada por cada instructor, segun sean sus antecedentes, su educacion militar y hasta su disposicion fisica. El que se ha dedicado á la esgrima, á la gimnástica, al baile y á los ejercicios ecuestres, el que tenga el cuerpo esbelto y bien equilibrado, esforzará la actitud del pecho, de los hombros y de la cintura é inclinará suficientemente el cuerpo adelante: el que no se haya soltado de igual modo, con la frecuencia de aquellos movimientos, ó el que tenga una construccion menos aventajada y una organizacion menos flexible, experimentará mas envaramiento y dificultad en conformarse á la espresada posicion; siendo consiguiente la tendencia en este individuo á persuadirse que aquella actitud debe esforzarse mucho menos.

En esta misma posicion, unos han entendido que la cláusula que dice, *los codos cerca del cuerpo*, no exigia que estuviesen unidos del todo á él, sino libres y caidos naturalmente, sin que esto fuese un óbice para que la palma de cada mano se mantuviese un poco vuelta hácia afuera: otros han comprendido que esta vuelta exigia que los codos estuviesen pegados estrechamente al cuerpo, en términos de producir violencia en la colocacion de los brazos y una tiesura desairada en la posicion total.

Algunos instructores, dando mas fuerza de la que conviene al precepto de tener *la barba arrimada al corbatin, sin cubrirle, ó sin bajarla*, la hacen inclinar ó separar mas de lo que se debe: unos exigen que se recoja con demasia-

do esfuerzo hácia el cuello; otros permiten que salga adelante y se levante.

En el manejo del arma (del fusil la infantería, y de la carabina la caballería) hay una infinidad de movimientos cuyo texto explicativo da forzosamente lugar á cantidad de interpretaciones diversas, y que en efecto se ejecutan con notable falta de uniformidad de cuerpo á cuerpo; no habiendo pocos de aquellos enteramente viciados, si se atiende á la descripción teórica; como sucede, por ejemplo, con el de *abran (ta) cazoleta*, en que en general se observa que el pulgar no apoya sobre el rastrillo *hasta que caiga*, como está prevenido en los respectivos reglamentos, lo que se opone á la perfección y seguridad del movimiento, pues que, empujado indeterminadamente y al aire aquel, es fácil que no se complete este, quedando el rastrillo suspenso á la mitad del juego de su muelle, ó volviendo á caer y cerrarse; como acaece en el mismo movimiento, separando el antebrazo de la parte superior de la culata y extendiendo, el brazo al frente al abrir la cazoleta; como se ve en el de *saquen (el) cartucho*, que unos agarran de modo que su largo quede en la dirección de la prolongación de los tres primeros dedos, y otros de manera que, estos formen cruz con aquel, resultando la abertura del mismo en la parte superior de la coyuntura extrema del índice; como se nota en fin en el de *saquen (ta) baqueta, y baqueta en su lugar*, en que en muchos cuerpos no se agarra esta con el índice doblado, y en el de *ataquen*, que se ejecuta comunmente con toda la mano abierta, en lugar de verificarlo con el índice doblado y los tres últimos cerrados, segun se expresa en dichos reglamentos, etc. etc.

Basta lo que acabamos de apuntar, y sobre todo la experiencia y observacion esclarecida de los infinitos gefes y oficiales inteligentes é instruidos que hay en las diversas armas de nuestro ejército, para patentizar la lastimosa divergencia causada en la ejecucion de los movimientos y en la inteligencia de las reglas y explicaciones tácticas, por la falta de las escuelas prácticas especiales. En otro número nos ocuparemos de la composicion y organizacion que convenga dárseles para que llenen cumplidamente el objeto importante de formar excelentes instructores, amaestrados bajo un mismo sistema; único modo de asegurar la enseñanza militar y de difundir una total uniformidad en la de los cuerpos.

Necesidad de que los ayudantes de infanteria se consideren como plazas montadas.

El considerar como plazas montadas á los gefes de infanteria no es una concesion acordada precisamente á la superioridad de su caracter militar. No ha habido necesidad de acudir para ello á semejante motivo: otro se elevaba fuerte y exigente, antes que el de la distincion de categorias. Este motivo, que todos conocen, era adquirir de este modo los gefes de batallon y regimiento la movilidad necesaria para recorrer con frecuencia y prontitud el frente ó fondo ocupado por la tropa de su respectivo mando,

bien estuviese formada esta, ò marchando en batalla ò en columna; á fin de poder atender constantemente al buen orden de las filas y á la mejor ejecucion de los movimientos.

Esta disposicion orgánica, tan útil como necesaria, no se ha extendido á los ayudantes á pesar de aumentarse considerablemente para ellos la necesidad de trasportarse con velocidad á todos los puntos ocupados por sus respectivos batallones, pues que, ademas de la obligacion de seguir á sus gefes, tienen á cada momento que trasmitir las órdenes de estos, viéndose por lo tanto condenados á una carrera perpétua. No creemos que haya piernas, por nuevas y bien fabricadas que estén, que basten á este movimiento acelerado y continuo; y, si no nos equivocamos, habrá de suceder una de dos cosas: ó que el pobre ayudante tome á puntillo el morir en ese correr desatentado, antes de darse por vencido, como mas de una vez sucedió en la antigua Grecia con los corredores del Estadio; ó que, si es que ha nacido con las choquezuelas poco sueltas, abandone la pretension de obtener el premio de la carrera, siguiendo, grave é imperturbable y sin salir del paso regular, ó cuando mas del de los 110 por minuto, (1) el galope y corbetas del caballo de su gefe, al que de este modo perderá bien pronto de vista, quedando reducidas las atribuciones del ayudante, precisamente en el momento de su mas crítica y rigurosa aplicacion, á un desempeño del todo pasivo é insignificante. Recordamos haber conocido un ayudante, enteramente acorde con el principio del paso descompuesto, que penetrado sin duda de la insuficiencia de sus es-

(1) Cadencia del nuevo reglamento.

fuerzos para imitar los aires altos del caballo, se habia dejado de chiquitas, y, acabado de recibir de su gefe de batallon el encargo de llevar una órden, le rogaba muy formalmente que, ya que estaba á caballo y que por lo tanto llegaria probablemente antes, tuviese la bondad de dar el recado de su parte; y gracias si, al mismo tiempo, no le encargaba alguno que otro menudo mensage, todo en pro y bien del servicio. Ello es verdad que este benémerito ayudante era algo ventrudo, y que hubiera sido una inhumanidad en su gefe resistirse á la súplica que tan atentamente se le hacia; pero lo mas chistoso era que, cruzado de brazos el primero, y con la impavidez propia de un hombre decidido á dejarse fusilar antes que salir de su paso, solia con gran pachorra añadir: *aquí me encontrará V.* Esto, por lo que hacia á hallarse el batallon formado y á pie firme: que cuando maniobraba ó estaba de marcha, á la primera órden que habia que llevar, desaparecia el sujeto de que hablamos, y no volvia el gefe á echarle la vista encima hasta hacer alto la tropa ó llegar al tránsito.

Considerado el desempeño del ayudante de infanteria bajo el aspecto de la extremada celeridad, no hubicra estado de mas añadir, al conjunto de las buenas disposiciones y distinguidas prendas que deben tenerse presentes para la eleccion de esta clase, el parrafito siguiente: «Deberá ademas ser enjuto de canillas, tener el cuerpo un si es no es agalgado, y descender por linea recta de casta de miñones.»

Pero como no se ha formulado expresamente esta discreta añadidura, sucede que hay infinitos ayudantes que ni son audadores por naturaleza, ni por consiguiente pue-

den desempeñar su puesto en las formaciones, sin un quebranto continuo, capaz de acabar en breve con su salud y robustez.

Hablando formalmente, diremos que es una inadvertencia y hasta un contrasentido el consignar al empleo de ayudante la comunicacion de las órdenes, y el negarle al mismo tiempo el único medio de poder, en las formaciones, maniobras y marchas, dar cumplimiento á este cometido. Imposible es que, sin mas auxilio que el de un par de piernas mas ó menos bien acondicionadas, pueda el ayudante atender á esta obligacion. Un batallon de ochocientas plazas, formado en dos filas, ocupa, sin su banda, un frente de 400 pasos (1), formado en batalla, y un espacio de 600 de fondo, marchando en hileras al paso de camino; que es decir que media docena de órdenes, comunicadas desde el centro á los dos costados del batallon en el primer caso, y otra media docena de las mismas, llevadas de cabeza á cola en el segundo, harán, con los regresos correspondientes, andar al ayudante una distancia de 12000, pasos, ó sea de legua y media mas de lo que en el mismo tiempo, si es que maniobran ó marchan, recorran la tropa y los oficiales de fila. Añádase á esto la aceleracion que á veces requiera la difundicion de las órdenes, y hallaremos que sobre las armas el ayudante de infanteria puede muy bien equipararse, en cuanto á la presteza de sus movimientos, á un oficial de husares, ó á un guia general de caballeria ligera.

Ademas de esto ¿Como es que no ha llamado la atencion é inducido á alterar en esta parte los reglamentos or-

(1) Paso de 2 pies.

gánicos, la impropiedad indecorosa y chocante de ver á hombres condecorados con charreteras, y aun con galones, desempeñar el oficio de peaton, siguiendo á la carrera, jadeando y descompuestos, la pista de un caballo, como pudiera hacerlo un zagal de diligencia, un mozo de mulas, ó un bagagero?

En resúmen, la conveniencia, el mejor servicio, el bien parecer y el respeto y consideracion que se deben á la clase de oficiales, requieren la provechosa innovacion por la cual sea tenuta por plaza montada, tanto en tiempo de guerra como en el de paz, la de ayudante de infanteria; mejora y adelanto que es de grande interés, y que no podemos menos de esperar de esta era de progreso é ilustracion.

DEL NUEVO REGLAMENTO TÁCTICO DE LA INFANTERIA.

La voz de ejecucion AR aplicada á la de ALTO.

La voz de *Alto* tiene la irregularidad de ser á un tiempo voz preventiva y de ejecucion, inconveniente grave sin duda, pues que ademas de ser una infraccion de los principios, tiene por fuerza que causar siempre sorpresa en la tropa, é inseguridad é inexactitud en la ejecucion. La comision encargada de la formacion del nuevo reglamento táctico ha querido sin duda remediar este defecto y llevar adelante con todo rigor la definicion relativa á las voces de mando, dotando al caso de hacer alto, de sus dos correspondientes voces, la una de prevencion, la otra de ejecucion. Concedemos que es grande la dificultad de conciliar aquí

la regla fundamental y el buen resultado en la ejecucion, con el órden lógico y la propiedad de language: estas dos últimas consideraciones exigian que el caracter esencialmente ejecutivo de la voz *Alto* se trasformase de manera á reducirse á una mera prevencion, como por ejemplo si se dijera: *para hacer alto, para pararse, para detenerse*, ó cualquiera otra advertencia equivalente. Estamos con la comision, en los reparos que se le habrán ocurrido respecto á la admision de semejantes voces, ya por su falta de armonia, por su cacofonia, poca elegancia de diccion, ó repeticion que ofrece su significado; pero no creemos que con haber desvirtuado el de la de *Alto* y con la adiccion de la de *Ar*, para determinar el momento de la ejecucion, se haya conseguido ni el hacer alto con mayor precision ni generalizar sin excepcion el precepto de que preceda siempre la voz preventiva á la ejecutiva; lo primero, porque creemos que será sumamente difícil acostumbrar la tropa á no pararse al oír una voz tan terminante como la de *Alto*, aun prescindiéndose de lo acostumbrado que está á verificarlo así; lo segundo, porque creemos que subsisten otras excepciones de esta clase, tan difíciles de transigir como la de que tratamos, como por ejemplo, la voz de *Firmes*, la de *frente* para restituirse al primitivo que tenia una fila que antes hizo por el flanco derecho ó izquierdo, y quizás alguna otra relativa al manejo del arma, como por ejemplo la de *fuego, cese el fuego etc*; á no ser que la comision haya aplicado tambien, como ejecutiva, la voz de *Ar* á las expresadas voces, dejándolas reducidas á hacer de voces preventivas, lo que no tenemos presente.

De todos modos, creemos de difícil adopcion y práctica el quitar á la voz de *Alto* la virtud ejecutiva que procede de su brevedad, de lo categórico de su significado, tan preciso como imperioso, así pronunciada, sin prevencion ni correctivo, y de la vehemencia á que se presta, aun no empleando esfuerzo alguno, la pronunciacion naturalmente fuerte y bronca de su segunda silaba; á todo lo que se junta, para darle aun mas eficacia, la larga costumbre de obedecerla como voz ejecutiva. Aun dejando á parte este último reparo, es muy de temer que á la voz de *alto*, dada co-

mo preventiva, acorte la tropa el paso, unos mas y otros menos, y cada cual de diversa manera, segun el grado de viveza ó prontitud de su genio, lo que ocasionaria el gravísimo inconveniente de destruirse la alineacion, precisamente en el momento en que se hace mas ostensible este defecto, en el de hacer alto. En el punto de que tratamos, creemos mas atinado el medio término adoptado en el nuevo reglamento táctico que en la actualidad se está redactando para la caballería, el que consiste en suspender y dividir en dos emisiones de voz la de *Alto*, de manera que la primera sílaba de la misma sirva de voz preventiva, y la segunda de ejecucion, en esta forma: Al=to; cuya introduccion no tiene nada de chocante por lo nuevo, pues que se halla ya en uso esta suspension y acreditado su efecto, con igual separacion en la practica, para la voz *de=frente*, empleada del mismo modo con el objeto de determinar el momento de volver sobre la marcha á seguir adelante, despues de concluidas en algunos casos las conversiones.

3.^a EXPEDICION Á SOLSONA.

ACCION DE PERACAMPS.

Segundo párrafo.

Aqui se hace absolutamente necesaria alguna descripcion de las localidades, para la inteligencia de los movimientos que siguieron á los preparatorios que acabamos de explicar.

Desde Biosca, que dista unas siete horas de Solsona, el país empieza á ser muy fragoso, aunque no dejan de ofrecerse de vez en cuando algunos espacios bastante llanos,

pero angostos y de poca extension, estrechados asi en todos sentidos estos pequeños valles, por los numerosos ramales de las cordilleras que, desde Prades y San Pador, se prologan hácia la derecha por Ardevol, Llobera y Basella, dejando detras de su elevada y escabrosa cortina Cardona, sobre la derecha, y Solsona, al frente.

A cosa de dos horas de Biosca, esto es media legua próximamente más allá del punto en donde habiamos empezado á maniobrar para avanzar combinadamente hácia las posiciones del enemigo, se halla situado, en una altura á la izquierda del camino y á poca distancia de este, la pequeña aldea de Peracamps, fortificada entonces, como ya hemos dicho, con cortaduras y parapetos, y rodeada de gran número de cerros y de colinas escarpadas que se elevan en anfiteatro, defendidas á la sazón una por una con reparos y obras hechas á la ligera, ya en los muchos caserios esparcidos por aquel terreno, ya en los puntos culminantes abrigados por la maleza ó los peñascos. Todos estos puntos estaban ocupados por numerosas fuerzas contrarias, que, sostenidas sucesivamente de posicion en posicion, se extendian de esta manera casi en nuestra direccion hasta mas allá de las casas del Boix, coronando asi todas las crestas que dominan el desfiladero por donde serpentea el camino de Solsona, en un espacio de cerca de tres leguas. En las cumbres situadas á la espalda de Peracamps habian construido los enemigos dos reductos bastante bien entendidos; que, aunque á demasiada distancia, cruzaban sus fuegos sobre los aproches del pueblo, y tenian ademas la ventaja de defender los de algunas de las casas y otros puntos fortificados de que hemos hablado. El país, bien que montuoso y lleno de asperezas, no carecia de feracidad, y sus frecuentes caserios, la verde alfombra que en muchos parages ostentaban sus abundantes pastos, y los bosques y arboledas frondosas, desparramadas desigualmente sobre las ondulosas quebradas de la sierra y engalanadas en aquella magnífica época del año con toda la pompa de su nueva y brillante hojarasca, presentaban una decoracion pintoresca; cuya escena, ahora silenciosa, apacible y al parecer desierta, iba bien pronto á trasfor-

marse en un teatro de fuego, de sangre y de horrores.

Avanzábamos callados y con toda celeridad por el valle hondo que nos había sido señalado por dirección, cuando una descarga de fusilería, seguida de otras varias que oímos sobre nuestra derecha, nos dió á conocer que el enemigo había empezado á descubrirse, y que se hallaba empeñado con él la columna que habíamos dejado avanzando por el camino de Solsona. La que marchaba inmediato á la nuestra, por la cumbre, se detuvo un momento, sin duda convencido su jefe de la oportunidad de mantenerse en la posición ventajosa que ocupaba, hasta cerciorarse de que el movimiento del enemigo no era general y que aun no había peligro de ser atacado: la nuestra, al contrario, se adelantó casi á la carrera, á fin de salir cuanto antes del mal paso en que se hallaba metida, y de llegar á un parage ménos desventajoso, antes de verse en el caso de entrar en acción; pero el fuego no se generalizó y quedó por entonces ceñido al combate de la segunda columna, que, segun conocimos por el alejamiento de las detonaciones, iba ganando terreno al frente y obligando al enemigo á replegarse.

Al poco rato salimos enteramente de la garganta y nos encontramos en una falda lisa y bastante escarpada, que dilatándose sobre todo nuestro frente, nos permitió extendernos en alas de tiradores y reservas, seguidas á poca distancia con lo restante de la fuerza, desplegada en masa por batallones. La columna de la derecha, que ya había vuelto á marchar hácia adelante y que se hallaba paralela á la nuestra, se formó casi de la misma manera á bastante distancia de nosotros, y seguimos avanzando una y otra, prontos á echarnos sobre el enemigo en el instante que se nos presentase, aunque ignorando completamente en donde se hallaba y en qué disposición le encontraríamos.

En aquel momento vimos venir hácia nosotros un oficial de estado mayor, que corriendo á cuanto podia su caballo, saltando, tropezando, cayendo y volviendo á levantarse en medio de los matorrales, de las breñas y piedras sueltas de aquel fragoso terreno, llegó por fin á donde estábamos. Al instante se encaminó el oficial hácia el

punto en que se encontraba el gefe de nuestra division, y apenas hubo tenido tiempo para decirle algunas palabras, cuando vimos á este adelantarse á todo correr, sacar la espada, blandirla con esfuerzo al aire, y avanzarse del frente de la linea gritando: *adelante! adelante! doblar el paso! á la altura! á la altura!* Electrizada la tropa con estas voces y ademanes, arrancó casi á la carrera, y en pocos momentos llegó toda nuestra primera linea á lo alto del collado que teníamos delante, y desde el cual vimos á una espesa ala de tiradores lanzada tambien á la carrera en nuestra direccion, sin duda con el objeto de apoderarse antes que nosotros de la posicion que ya ocupábamos. Pero nuestro aspecto los detuvo al momento sobre la cresta bastante llana de una colina que se extendia casi paralelamente á poca distancia de nuestro frente, y desde la cual empezaron á romper el fuego. Nuestros tiradores se adelantaron hacia el suave declive que nos separaba del enemigo, y un tiroteo muy nutrido se generalizó en toda la linea. Entonces el general don Antonio Aspiroz, que mandaba nuestra division, se adelantó, con el oficial de estado mayor de que hemos hablado, hácia un cabezo que se hallaba á la derecha de nuestro frente, desde donde le explicó sin duda éste las posiciones del enemigo y el movimiento que queria el general en gefe se ejecutase: quizás tambien desde aquella eminencia se descubria parte de los del enemigo ó de la posicion que ocupaba, pues la gesticulacion animada de los dos interlocutores parecia indicar objetos determinados y muy ostensibles, que la acción sinuosa y combinada de los ademanes figuraba sucesivamente enlazar y circunscribir.

Unos diez minutos permanecimos así, sin adelantar ni retroceder; nuestros batallones de segunda linea formados en masa todavia sobre la falda que acabábamos de subir, y los pelotones de reserva de los tiradores asomados á la cresta, con las armas descansadas; limpiándose el sudor unos; requiriendo el fusil otros; aflojándose el ceñidor de la cartuchera estos, para tener mas á mano las municiones; soltándose el zapato ó ciñéndose la alpargata aquellos, para desprender alguna piedrecita ó asegurarse el calzado; dis-

poniéndose en fin cada cual á su modo, con diligencia y actividad, para el combate inminente que se preparaba. Al mismo tiempo un murmullo sordo, una especie de zumbido monotonó é inarticulado surgia de las filas: eran las cien conversaciones, las mil conjeturas emitidas en voz baja en este instante supremo por las imaginaciones impresionables, por los caracteres ardientes, por los ánimos turbados: eran las especiotas y los juicios anticipados de los experimentados veteranos, mezclados con los aspavientos y candideces de los soldados bisoños; y los mil cuentos, las mil ilusiones y las esperanzas sin fin de toda esa juventud llena de ardor y de vida, ausiosa de agitacion, de bullicio, de movimiento, y sobre todo de emociones y de sensaciones fuertes y repetidas.

Pasado este tiempo, vimos al general bajar pausadamente hácia nosotros: al instante el mayor silencio reinó en las filas: un redoble se propagó en las dos líneas: los tiradores se unieron velozmente á sus reservas, y toda la primera línea, así reformada, avanzó con el arma al brazo y sin disparar un tiro, hácia el enemigo; cuya línea todavía diseminada volvió caras y desapareció iustantáneamente de nuestra vista, manifestándonos así que una bajada inmediata y muy pendiente debía suceder á la loma poco antes ocupada por las primeras fuerzas que aquel nos habia presentado, y hácia la cual nos encaminamos sin aceleracion, rectificadas las distancias y la formacion; sin oirse otro ruido que el de nuestros pasos, y con la actitud imponente de una tropa pronta á cuanto se le mande.

Llegamos de este modo al parage en que poco antes nos denostaba el enemigo con su griteria y sus insultos, y en donde habia dejado algunos heridos, que fueron al instante sacrificados por nuestros soldados. Allí descubrimos en fin la verdadera actitud del contrario, el conjunto de nuestros movimientos, y el objeto particular del que habiamos emprendido. El ejército contrario se hallaba establecido en una posicion que con buenas tropas podia tenerse por inexpugnable; solo que esta posicion se habia tomado con respecto al frente forzoso de ataque que nos suponía aquel, y que efectivamente no podia ser otro del que

se figuraba, si nos hubiésemos hallado embarazados con el convoy. Asi es que receloso y trabajado de alguna inquietud al ver que nos presentábamos desembarazados y dispuestos para maniobrar, no se habia decidido á cambiar del todo su primera disposicion, ni á reconcentrarse para operar repentinamente segun lo aconsejasen las circunstancias. Esta perplejidad es el inconveniente inseparable del método de guerra que, como la de los partidarios, se funda siempre sobre una sola hipótesis, ó aunque sean varias estas, sobre una serie de suposiciones fijas, en la que confian constantemente; porque en efecto, en la estrechísima esfera de las operaciones practicables en la guerra de montaña, estas suposiciones llegan á ser, por la naturaleza del terreno, tan certeras y positivas, tan forzosas y sin efugio, que ellas hacen la ley, y que á ellas por lo comun tienen irremisiblemente que venir á sujetarse todas las combinaciones del contrario, por hábil y sagaz que sea. De este modo se acostumbra el guerrillero á operar siempre sobre un dato anticipado y con arrglo á la ejecucion de unos mismos movimientos de parte de su adversario; lo que, á la larga, le quita completamente la aptitud para maniobrar, que, en los generales entendidos, no es otra cosa que el arte de mover inopinadamente las tropas á la vista del enemigo, y de arreglarse por los movimientos de este, para contrarrestarlos ó aventajarlos en el momento con maniobras mas hábiles ó mas oportunas; resultado que ciertamente no se consigue sin una profunda penetracion, sin una exacta ojeada y sin un grande poder de pensamiento y de accion mental. Esta aptitud que, aun con un talento privilegiado, solo se obtiene á fuerza de estudio y de práctica, no brilla casi nunca en el guerrillero. Aunque mandando las tropas las mas esencialmente móviles, por el modo de pelear á que se han acostumbrado, jamas llega aquel á hacerlas maniobreras. Asi es que puede asegurarse que las tropas francas solo saben moverse, pero no evolucionar. De ahí proviene el que comunmente prospera el partidario, solo mientras no llegue á reunir cierto número de fuerzas que en algun modo le obligue á operar colectivamente al modo que lo hace en

ejército. En aquel momento se acabó su superioridad, y milagro será si alcanza á mostrarse en la llanura tan hábil y movable como se manifestó en las quebradas y en los vericuetos, con sus emboscadas, sus aguardos y sus dispersiones combinadas; cosas todas nulas ó impracticables en la guerra franca y científica que se hacen los ejércitos ordenados, los únicos capaces de acometer y llevar á cabo grandes empresas.

El enemigo se hallaba pues sobrecogido por nuestra actitud y por nuestro movimiento. Su línea se encontraba inclinada diagonalmente hácia nuestra izquierda: su posición, el enlace de su defensa, sus fuegos, todo presentaba el frente en dirección de nuestra derecha. En esta disposición la columna de que yo hacia parte le cojia casi directamente en la prolongación de su flanco derecho, y en tal disposición que, á estar mas encubierto el terreno por este lado y á haber podido aproximarnos sin dar el alarma, tomábamos de revés las tropas contrarias al mismo tiempo que sus reductos, y las batíamos y derrotábamos completamente con un solo movimiento.

Por desgracia no era así, y, á pesar de la precisión de nuestra marcha y de la precipitación de nuestro avance, el enemigo nos habia descubierto, con la anticipación necesaria para mudar en parte la posición de sus tropas, de manera á no presentarse desapercibido á nuestro ataque.

Aun nos hallábamos á mas de ochocientos pasos, enteramente descubiertos á su vista y al fuego de su artillería, y desde allí observábamos la premura con que ordenaba de nuevo sus masas, para hacer frente á un tiempo al ataque concertado de todas nuestras columnas. La que habia seguido por el camino de Solsona permanecia muy empeñada, segun podia inferirse por lo nutrido de su fuego, con las fuerzas de su frente; la que se hallaba al extremo derecho, sin duda continuaba circuyendo á larga distancia, para envolver la izquierda de los contrarios; la inmediata que teniamos á la derecha marchaba, en parte desplegada y en parte cerrada en masa, algo mas adelantada que nosotros, y habia sufrido ya algunos disparos de la artillería enemiga. En este estado, creyó el general de nuestra divi-

sion que el momento era el mas oportuno y favorable para verificar el ataque, supuesto que el enemigo, amenazado á un tiempo por cuatro puntos, no podia sin grande peligro desguarnecer ninguno de los amagados, ni salirse á maniobrar fuera de sus parapetos en un momento tan crítico para él y que no daba tiempo para nuevas combinaciones. Se limitó pues en efecto á reunir prontamente sobre su derecha la infantería disponible que tenia á su retaguardia; y nosotros, despues de una corta pausa, invertida por nuestro gefe en reconocer cuales eran los puntos mas accesibles y débiles, y en dar una nueva direccion á nuestro movimiento, marchamos nuevamente adelante, inclinándonos todavia algo mas á la izquierda, sin ser precedidos sino á corta distancia por una ala muy clara de tiradores; desplegada toda nuestra primera linea, á fin de disminuir el estrago de la artillería contraria; pero cerrado cada uno en masa los tres batallones de la segunda, y dispuestos en escalones, la izquierda en cabeza, sin duda con el objeto de estar prontos á un mismo tiempo para el ataque del frente y para el del flanco, segun se presentase la mejor ocasion de efectuar uno ú otro.

En esto cruzaron sobre nuestras cabezas las primeras balas de la artillería enemiga, y una granada cayó muy inmediato al general. Echó entonces este pie á tierra, entregó con mucha cachaza su caballo al ordenanza montado que le seguia, le mandó que pasase á retaguardia, y marchó á nuestro frente y centro, algunos pasos detras de los tiradores. En aquel momento un fuego vivisimo de fusilería, acompañado de una prolongada griteria, se oyó sobre nuestra derecha: uno y otra eran causadas por el combate de la columna inmediata de este lado, que habiéndosenos ocultado, por una ondulacion del terreno, recibia á quemarropa el fuego de un batallon que, ocultado detras de unos peñascos, se le habia descubierto sobre su flanco izquierdo y casi interpuesto entre ella y nosotros en el momento en que subia la primera altura coronada por los parapetos del enemigo.

El general Azpiroz creyó que podria haber algo de sorpresa en este fuego brusco, y renunciando por el momento al

designio de rodear encuanto fuese posible al enemigo, y al de estar pronto para un ataque de flanco, mandó avanzar los dos escalones mas atrasados de la segunda línea, anticipándose con el desplegado de la derecha de la primera. Efectivamente, al poco rato de subir en esta direccion descubrimos á aquella columna, detenida en su avance por el fuego y posicion del batallon contrario, cuya descarga habia causado algun desórden en su extremo izquierdo, pero que se rehacia y se disponia á atacar, al mismo tiempo que lo restante de la línea se hallaba empeñado en un vivísimo fuego con las fuerzas que, al abrigo de los parapetos y de los reparos del terreno, se le presentaban al frente.

Nuestra presencia sacó al instante de apuro á la columna que se batía: el batallon emboscado, viéndose á su vez amenazado y casi desbordado por su flanco derecho, sacó pies á toda priesa y retrocedió á la carrera al amparo de los fuegos de un caserío fortificado que tenia á su espalda. La division que socorriamos así, con solo andar unos cuantos pasos, se aprovechó con toda oportunidad de la sorpresa que debió causar al contrario la huida precipitada de sus tropas avanzadas, y marchando con aceleracion adelante, á los gritos de *¡Viva Isabel III! ¡viva la Constitucion!* atacó á la bayoneta cuantas fuerzas se le presentaron, y se apoderó en poco tiempo de la mayor parte de los parapetos del enemigo; dividiéndose despues ordenadamente á nuestra vista, para combatir ó perseguir á los grupos aislados que habian resultado de esta primera embestida, asentar su posicion en la que poco antes ocupaba el contrario, y emprender en fin la expugnacion de la casa fortificada á cuyo abrigo se habia rehecho el batallon de que hemos hablado, así como la de los muchos puntos defendidos por el enemigo sobre la primera zona de aquel frente.

Al instante hizo alto toda nuestra division, y el general que la mandaba se cruzó de brazos, observando con una satisfaccion mezclada sin duda de algun despecho, la victoria que acababa de producir, sin participar de ella, y contemplando tal vez con un noble sentimiento de emulacion, en poder de otra mano mas feliz, la primera palma que pensaba cojer en aquella gloriosa jornada.

Sin embargo, la coyuntura era de las más favorables: es verdad que nuestro movimiento avanzado hacia la derecha del frente, nos había restituido á una posición enteramente paralela al enemigo; que en esta situación, nos hallábamos demasiado cerca de él para ponernos á maniobrar en el concepto de nuestro primer propósito, y que en tal estado, solo nos quedaba que atacar de frente; pero también era evidente que aun así toda la ventaja era de nuestra parte, por la desfavorable influencia moral que debía ejercer sobre aquel la derrota de las tropas que tenía á su izquierda, por el avance amenazador de las nuestras por este lado, y por la necesidad de cubrirse hacia el mismo con fuerzas que se veía obligado á desmembrar de su línea, y que iban á hacerle falta en el crítico momento de un ataque inminente que amenazaba todo su frente.

El general Aspiroz hubo de penetrarse bien pronto de la fuerza de todas estas razones; pues aunque al instante nos mandó avanzar, con aquella briosa resolución que le era natural, lo hizo con un movimiento brusco y una expresión de mal humor, que daban bien á entender que no esperaba por entonces de su movimiento, ni un combate glorioso, ni una ventaja decisiva.

Efectivamente, después de algunos tiros de metralla y de una descarga general de fusilería, recibida de muy cerca al avanzar hacia los parapetos y cortaduras, el enemigo, viéndose en la imposibilidad de mantenerse en la posición crítica en que le había puesto el avance de nuestra columna de la derecha, y temiendo, como parecía próximo é inevitable, le atacase esta por el flanco, al mismo tiempo que nosotros por el frente, emprendió su retirada con bastante orden, y nos abandonó su primera línea de defensa por esta parte, replegándose al grueso de sus fuerzas, colocadas, según ya no podía quedar duda desde el punto del que ya estábamos posesionados, al abrigo de Peracamps y á la inmediación de la altura en que se halla situado este lugar.

En efecto, aunque no nos hallábamos sino en la parte inferior del inmenso plano inclinado, que, cubierto de colinas fragosas, de collados empinados, y de alturas aisladas,

se estiende hácia Peracamps y á su espalda á una distancia considerable, con todo, veíamos distintamente la posición de las tropas carlistas; el enlace de su sistema de defensa, que del mismo modo se prestaba también á ataques mas ó menos combinados sobre el frente por el cual nos habian aguardado; sus parapetos; sus dos reductos, aun intactos y armados de unas cuantas piezas; y sus casas fortificadas, esparramadas aquí y allí sobre la falda ondulosa y desigual de la sierra. Nuestra vista alcanzaba también á varias de sus masas, plegadas al abrigo de algun mogote ó grupo de árboles ó maleza.

Habíamos tenido algunos muertos y bastantes heridos, al apoderarnos de las primeras posiciones del enemigo, y este próximamente habia experimentado igual pérdida al retirarse perseguido por nuestros tiradores, que le siguieron poco rato, llamados y reunidos casi al momento de orden del general. Tomamos posición en sentido inverso al que tenían las tropas expulsadas, y se dió descanso á la nuestra, entre tanto que la division, que sin duda solo tenia órdenes para este primer movimiento, las esperaba de nuevo, ó aguardaba que las divisiones que estaban á la derecha, y que por lo tanto tenían la iniciativa, por hallarse á este lado el general en jefe, emprendiesen otro movimiento, ó continuasen el que se habia empezado al frente. Parte de la columna inmediata estaba también descansando y detenida en posición, mientras que lo restante de ella se hallaba todavía empeñado en tiroteos y combates parciales, para posesionarse de algunas alturas, á fin de redondear su posición y despejar su frente. La columna que habíamos dejado operando por el camino de Solsona, no se alcanzaba á ver, ocultada sin duda por alguna desigualdad del terreno; pero, segun la dirección en que de cuando en cuando se oían sus fuegos, debia indefectiblemente hallarse bastante adelantada hácia la derecha, y ocupada, como la que mediaba entre ella y la nuestra, en completar la ocupacion de la posición que habia tomado, del mismo modo que nosotros, á las tropas carlitas.

Sucedió poco á poco un absoluto silencio al estruendo ya lento y desigual de este primer período de la lucha. Se-

rian como cosa de las dos de la tarde: llevábamos ya cinco horas de marcha y una de combate. Hacia un día de primavera, bastante bueno: de cuando en cuando, sin embargo, caía algún chaparrón; pero demasiado ligeras para empapar el suelo y calar la ropa del soldado, estas suaves y pasajeras lluvias solo servían para refrescar á la tropa y renovar el temple de sus fibras.

Después de un corto descanso, en que cada cual comió lo que traía y atendió á sus necesidades según su grado de prevision, oímos un largo redoble en nuestra division de la derecha, y la vimos romper su movimiento adelante sobre la derecha de Peracamps, en actitud de combate; pero dispuesta toda en masas de batallones y de medios batallones sobre un dilatado frente, á distancias muy desiguales entre sí, cubierta cada fraccion por un pequeño número de tiradores, ó mas bien de exploradores, y sostenido el todo de este movimiento por una fuerte reserva, reunida en una sola columna cerrada como cosa de doscientos pasos á retaguardia del centro. Esta disposicion singular era sin duda exigida por la naturaleza del terreno extraordinariamente cortado y compartido que aquella division tenia á su frente. Sin embargo la formacion de su reserva en una sola columna, no correspondiendo del todo á semejante localidad, me pareció evidente que tenia un objeto particular, diverso del movimiento general.

Al instante se repitió la misma señal en nuestra division, y nos pusimos en marcha en línea por columnas, sin alteracion del orden con que hasta entonces habia avanzado la segunda; solo que esta vez se relevaron ambas, pasando á primera la que hasta este momento habia marchado á retaguardia.

Las tropas carlistas se movieron tambien al vernos avanzar, y se adelantaron mas ó menos, según convenia á sus posiciones particulares, al enlace y apoyo mútuo de sus defensas, y con arreglo tambien á las irregularidades y sinuosidades del terreno que ocupaban. Pero en lo que resultó casi uniforme su disposicion, fué en adelantar de todas partes una nube de tiradores, que habilmente situados, rompieron el fuego sobre nosotros á mucha distancia, y

nos hicieron experimentar bastante pérdida, antes de llegar á la proximidad necesaria para cargarlos decididamente y obligarlos á replegarse.

Avanzamos sin embargo en buen orden; á pesar de que de cuando en cuando y cada vez con mas frecuencia, seguía el fuego de la artillería enemiga al de su fusilería; mientras que nuestras pequeñas piezas de montaña, inferiores en calibre á las del contrario, y situadas con dificultad y desventaja, por la necesidad de seguir avanzando toda nuestra línea, no podían rivalizar ni en alcance ni en lo certero del tiro, con el efecto de unas piezas colocadas ya de antemano en posiciones fijas, calculadas sus inclinaciones, y bien conocidas las distancias.

En fin llegamos cerca del enemigo, y por un movimiento unánime los tres batallones desplegados de nuestra primera línea, se echaron estos casi á la carrera sobre las espaldas de tiradores enemigos, que al instante volvieron caras y se retiraron atropelladamente sobre sus masas y al abrigo de las defensas practicadas á su espalda: seguimos entonces adelante, con el objeto de atacar á la bayoneta á cuantas fuerzas se nos presentasen y de posesionarse de los parapetos y fortificaciones en las que se guarecía el enemigo. Pero aquí la acción se fraccionó y ofreció tantos combates cuantos eran los batallones; las desigualdades del terreno y la posición aislada de las fuerzas contrarias obligándonos á avanzar y á operar sin enlace, y únicamente según lo permitían el éxito de nuestros ataques parciales y las dificultades que la naturaleza del terreno y los reparos del enemigo oponían á nuestros esfuerzos. El primer batallón que chocó cuerpo á cuerpo con aquel fué el mio: aunque pasado casi por ojo por los fuegos nutridos que partían de dos parapetos en que se apoyaba lateralmente un medio batallón enemigo, llegamos á él, conducidos por nuestro bizarro comandante, empezándose allí una carnicería que solo terminó con la destrucción de la mitad de la tropa que nos aguardaba en aquella ventajosa posición, y con la muerte de casi todos los que defendían los parapetos; bien que tuvimos también que deplorar la pérdida de dos oficiales y de buen número

de tropa, muerta ó herida en aquel peligroso avance.

Mientras nos rehucimos sobre el terreno que acabábamos de conquistar, el batallón de segunda línea que teníamos á retaguardia, pasó delante de nosotros formado por cuartas, y variando inmediatamente de direccion á la izquierda por mas arriba del parapeto que teníamos á esta mano, se prolongó del todo en aquella, y formando simultáneamente á la derecha en batalla, se empeñó bien pronto en un vivo fuego. Entre tanto veíamos, desde la especie de atalaya en que nos habíamos quedado, los combates trabados casi en toda nuestra derecha. Esto presentaba un singular espectáculo. No era una línea combatiendo con regularidad, como sucede en las batallas campales, en que líneas enteras se están fusilando metódicamente durante horas enteras. Aquí todo era extraño, insólito y anómalo, como en todas sus fases lo era la clase de guerra que hacíamos.

Sobre la derecha y casi á nuestra retaguardia se habia trabado un tiroteo muy cerrado entre un grupo bastante considerable de tropas carlistas, que aun estaban posesionadas de una casa aspillera, y algunas compañías nuestras que á veces las iban rodeando y estrechando, y á veces tenian que retroceder, rechazadas por alguna descarga inopinada, ó por inclinarse á flanquearlas al abrigo de aquel reparo la fuerza reconcentrada de los contrarios.

Mas allá y muy avanzado de nosotros, se batian encarnizadamente fuerzas trocadas de tal modo en su posicion con respecto á la general, que era muy problemático saber quienes de los contendientes eran propios ó contrarios.

En algun vericuerdo colocado casi á la espalda de estos, se oia tambien mucho fuego. Al mismo tiempo, entreveradas sobre ese tablero desigual, cubierto de combatientes y poblado de alturas que la mayor parte ardian entonces como volcanes, se veian tropas, tanto nuestras como enemigas, paradas y descansando; algunas marchando unas contra otras, desparramadas igualmente ambas sobre laderas pedregosas en que, ocupados los soldados á trepar ó á mantenerse en equilibrio, apenas podian hacer uso de sus armas y descerrajar de vez en cuando algun vago é incierto

tiro; otras quietas, como nosotros, en las posiciones que acababan de tomar; aquellas bajando ó subiendo á la desfilada por unos derrumbaderos; estas marchando en batalla ó en columna, adelante, atras, hácia los costados, y en todas direcciones. En medio de esta Babilonia se oía de cuando en cuando el estruendo mas ó menos lejano de la artillería y de algunas descargas cerradas por batallones, y á veces tambien la gritería aterradora y terrible de grupos ó fuerzas sueltas que se atacaban á la bayoneta.

*Disposiciones proyectadas para el recibimiento
de SS. MM. en Zaragoza.*

He aquí la relacion de las que, segun las últimas noticias que hemos recibido de aquella capital, se han adoptado para el indicado objeto,

Se dará á SS. MM. una serenata, por las músicas reunidas de los cuerpos de la guarnicion, á las que acompañaran, con hachas encendidas, los oficiales de la misma.

Se arreglarán las habitaciones principales del castillo de la Aljafería, que es el antiguo palacio de los reyes de Aragon; disponiéndose en ellas un refresco ó ambigú de cuarenta cubiertos, de á onza cada uno, para cuando se digne S. M. visitar dicho edificio, en el que se establecerá con anticipacion una pequeña fuerza de cada cuerpo.

Se regalará á S. M. un brazalete de oro, con este letreiro, de brillantes. *La guarnicion de Zaragoza*; debiendo acompañar, pendiente de la misma joya, un medallon del propio metal, con el escudo de armas de España, esmaltado con los colores propios de sus cuarteles en una de las caras del medallon, y en la otra, los nombres de los cuerpos de la guarnicion, estampados del mismo modo.

Tambien se ofrecerá á S. M., para probar el raucho, un cubierto de oro, en una caja del mismo metal, guarnecida de diamantes.

Todos estos festejos han sido dispuestos por los princi-

pales gefes de los cuerpos, reunidos en junta, bajo la presidencia del general segundo cabo; habiendo asentido unánimamente á ellos todos los oficiales de los mismos. Dichos gefes nombraron ademas otra junta ejecutiva, compuesta de uno de sus miembros y de otros dos gefes, los que á su vez han formado varias comisiones de oficiales, con el fin de que se vayan cubriendo los gastos que ocurran; para lo cual se ha puesto á disposicion de esta junta subalterna, á buena cuenta, una suma de 9000 rs. procedente de los fondos de cada uno de los cuerpos de infanteria, y otra de 6000, correspondiente al regimiento caballeria de Santiago. Por el cálculo aproximado que han formado los Sres. de la junta superior, se cree que para cubrir el total de aquellos gastos habrá de contribuir cada oficial con media paga.

Al paso que consideramos con júbilo y satisfaccion la actividad y el entusiasmo con que se preparan estos festejos, por ser estas demostraciones un indicio seguro y vehemente del amor que todas las clases del estado profesan á su adorada reina, experimentamos sin embargo cierta amargura al reflexionar que, en el estado de escasez en que se encuentran todas las numerosas que componen la nacion, se las estrecha nuevamente, obligándolas asi, aunque de una manera indirecta, á nuevos sacrificios que, bien que les sean agradables por el objeto á que se dirigen, no dejan de serles gravosísimos, por cercenar aun sus cortos recursos. Nos dolemos en el corazon de que un concepto enteramente erróneo en cuanto á la verdadera mision de los reyes en la tierra, la falsée de continuo, quitando á su aparicion esa aureola de favor y de beneficencia que es la mas bella corona de los soberanos: nos dolemos profundamente del ahinco con que irreflexivamente se procura que la presencia de los principes, que deberia ser reparadora y fecundante para sus súbditos, como lo es el rocío para las plantas, se cambie, por un celo ó una afeccion indiscreta, en motivo de derramas ostentosas y de gastos inútiles y supérfluos para la satisfaccion y el brillo de las excelsas personas á que se dirigen, á la par que onerosísimos para las clases menestero-

sas ó poco acomodadas. A nuestro entender, no debe de haber magnificencia ni ostentacion en los viages que los reyes hacen por el territorio que rigen: esto es bueno para los que se verifiquen en países extrangeros: allí está bien la regia representacion del poder y de la grandeza; pero la visita del rey á sus súbditos debe considerarse como la de un buen padre que se presenta á oír las solicitudes de sus hijos, que viene á tenderles los brazos, á socorrerlos, á darles consuelo y atender á sus reclamaciones; no á esquilmarlos con ofrecerles la ocasion, obligatoria bajo el aspecto de la emulacion, de gastar en demostraciones y en superfluidades, de ningun provecho para la persona obsequiada, cantidades que tal vez sean de absoluta necesidad para el mantenimiento de los contribuyentes del festejo, y que al dia siguiente quizás se cambiarán en capitulos de empeño y deudas cuya satisfaccion los abrumará y les tendrá por largo tiempo llenos de estrechez y privaciones. Isabel II no ha menester de la ereccion de nuevos palacios ni de mas manifestaciones de afecto que las expresiones de amor y de sincera adhesion que vea brillar en los semblantes alborozados de sus súbditos, y que oiga resonar en las aclamaciones entusiastas y en los votos fervorosos y unánimes del pueblo. Estas son las demostraciones de que son ansiosas las personas regias. Una cuchara de oro! si las tienen á millares en los magníficos servicios de sus suntuosas mesas. Un brazalete de brillantes! pero aunque os arruineis ¿que alhaja podreis ofrecerles que, en cuanto á riqueza y valor, merezca su atencion? Un *viva* caluroso y entrañable, pronunciado con pasion, y propagado enérgica y ardorosamente por cien mil bocas, he aquí la única ofrenda digna de los reyes. La tierna, la angelical Isabel derramaria algunas lágrimas sobre ese miserable brazalete, sobre ese ostentoso medallon, si llegase á persuadirse que en su rico material habian entrado los cortos ahorros de la clase media, y quizás algunas particulas del pan del pobre.

ERRATA ESENCIAL: en la pág. 12, línea 11 del nim. 4.º donde dice *gruñido*, debe leerse *chillido*.

PERMUTA.

D. Tomás Barrios, subteniente del provincial de Gerona, desea encontrar permuta para cualquiera de los cuerpos del ejército permanente; esperando que, si á alguno le acomodase, se sirva dirigirse al mismo interesado, que se halla en el real sitio del Pardo, para, en su consecuencia, remitir la solicitud al efecto.

REALES ORDENES Y CIRCULARES.

Exmo. Sr. — He dado cuenta á la Reina (Q. D. G.) de la comunicacion de V. E. de 10 de marzo último, en qué propone se expida la licencia absoluta al teniente del provincial de Castellon D. José Ojeda, por su conducta viciosa que le ha hecho contraer infinitas deudas, hasta con su asistente, por ser jugador y frecuentar casas sospechosas y de la mas infima condicion: y enterada S. M. conforme con lo informado por el Supremo Tribunal de Guerra y Marina, se ha servido resolver, que V. E. disponga se forme por el jefe del expresado batallon el sumario prevenido en la real orden de 11 de setiembre de 1838, pasándole en seguida á dicho Supremo Tribunal, con el informe de V. E., para que se consulte la providencia que convenga, segun se manda en el artículo 3.º de la real cédula de 12 de febrero de 1816, y que lo mismo se observe en adelante por todos los inspectores y directores de las armas, quienes asi lo prevendrán á los gefes de los cuerpos, para que siempre que creyesen conveniente el castigo de sus oficiales por la via económica y gubernativa, acompañen la informacion ó espediente instructivo, en que se acrediten las faltas que mereciesen correccion, y el gobierno pueda resolver con pleno conocimiento y con la justicia que S. M. desea. — De real orden lo digo á V. E. para su conocimiento y efectos correspondientes. — Dios guarde á V. E. muchos años. — Madrid 23 de mayo de 1845.—Narvaez.

Otra de 11 de junio. Nombrando para profesores capitanes de las compañías 2.ª, 3.ª y 4.ª de cadetes del colegio general militar, al 2.º comandante don Juan Nepomuceno Servert, y á los capitanes don Fernando Verdugo, y don Juan Bautista Lopez Rodriguez.

Idem. Mandando se dé siempre parte de los desertores, acompañando su media filiacion, á los gefes de la guardia civil, y comandantes generales de las provincias natales de los individuos que desertan.

15 de *idem.* — Fijando la suerte y organizacion de las clases de profesores de veterinaria. — Art. 1.º Los mariscales mayores y los

segundos mariscales de los institutos montados del ejército y de las romontas generales del mismo, formarán el cuerpo de veterinaria militar, bajo la dependencia del ministerio de la guerra, é inmediata dirección del inspector de caballería.—Art. 2.º Las plazas de segundos mariscales de nueva entrada en el ejército se proveerán por oposición en profesores procedentes del colegio nacional de veterinaria; y las vacantes de mariscales mayores se darán al ascenso de los segundos por rigurosa antigüedad.—Art. 3.º Con arreglo á lo dispuesto en el art. 1.º, los profesores veterinarios militares dependerán única y exclusivamente del ministerio de la guerra en todo lo concerniente á su servicio, ascensos y carrera militar; y con respecto á los asuntos facultativos, serán dirigidos por una junta de profesores veterinarios del ejército.—Art. 4.º La organización del cuerpo de veterinaria militar, las obligaciones de los individuos que le componen, y el orden de ascensos se determinarán en un reglamento especial, así como los sueldos que han de gozar y las recompensas, jubilaciones y salidas correspondientes á sus servicios y merecimientos.

Idem. Mandando se formen las escalas generales de antigüedad de los mariscales mayores y segundos de los institutos montados del ejército, y se hagan las propuestas por conducto del Exmo Sr. inspector de caballería, como director que es del cuerpo de veterinaria militar, y autorizándolo para nombrar una junta compuesta de gefes entendidos del arma y dos ó tres mariscales mayores, antiguos y experimentados, para la formación de un reglamento en que se señalen los goces y consideraciones que deben disfrutar dichos mariscales.

NOMBRAMIENTOS Y PROMOCIONES.

Infantería.—En 17 de junio.—Destinando al regimiento de Castilla á don Enrique Sanchez Marjon, teniente del de América.

Idem. Colocando en el regimiento de la Reina al subteniente don Antonio Palacios.

Idem. En el de Almansa á don José María Villalonga, primer comandante del de Soria.

Idem. En el del Infante á don Rafael Campos, subteniente de infantería.

Idem. En el de Galicia á don Juan Manuel Bustillo, teniente de infantería.

Idem. Concediendo el grado de capitán á don José María Polo, teniente del regimimientto de América.

En 18 de *idem.*—Destinando al regimiento de la Albuera á don Guillermo Falgueras, subteniente del del Rey.

En 19 de *idem.*—Concediendo empleo de primer comandante al segundo, en situación de reemplazo, don Antonio Moreno.

Idem. Grado de capitán á don Manuel Prieto, teniente del regimiento de Isabel II.

(Boletín del Ejército.)

Redactor único: LUIS CORSINI.

IMPRENTA DE J. MARTIN ALEGRIA.